

NIÑOS MIGRANTES NO ACOMPAÑADOS:

¿CRISIS HUMANITARIA O COLAPSO DE UN MODELO?

Por Ismael Moreno, s.j. director del Centro ERIC/Radio Progreso - Honduras

MAREA HUMANA INFANTIL

El dato es irrefutable: miles de niños, como enormes mareas humanas infantiles, de los países centroamericanos del triángulo norte, han emigrado hacia Estados Unidos cruzando el extenso territorio mexicano, sin tener quien los acompañe. Este dato trágico y cotidiano que viene ocurriendo a lo largo de hace varios años, pero que se disparó en los últimos meses, no hubiese pasado del paisaje cotidiano normal e insensible de la migración, y habría sido invisibilizado por la prensa, si el gobierno de Estados Unidos no hubiese puesto en marcha la política de captura, concentración y deportación masiva de dichos infantes.

A este fenómeno le han llamado “crisis humanitaria”. Y aunque así lo llama el gobierno de Estados Unidos, al fenómeno se le trata a partir de los intereses geopolíticos y de seguridad y como una amenaza a la paz y la estabilidad del territorio y el Estado, de manera que la solicitud de 3700 millones de dólares que Obama presentó al Congreso para atender esta avalancha de niñez migrante, casi la mitad será destinada para asuntos de seguridad relacionados con la protección de la frontera y el control de los niños migrantes.

Sin embargo, los miles de niños que han emigrado, lo hacen porque ya sus padres o madres habían emprendido esa misma ruta migratoria, y porque a todas las familias les une las mismas razones para emigrar: huir de la pobreza y la miseria, de la violencia, la criminalidad y el abandono. De acuerdo a la Oficina en Washington para América latina, WOLA, entre octubre de 2013 y junio de 2014 más de 52 mil niños sin acompañantes y sin documentación cruzaron la frontera hacia

Estados Unidos. Esta cifra sobrepasó los sesenta mil apenas un mes después, y si el ritmo hubiese continuado así, al finalizar el año 2014 el número de niños migrantes no acompañados habría llegado a sobrepasar los cien mil. La mayoría de estos niños son de nacionalidad hondureña. El fenómeno es crecientemente alarmante y ha puesto en jaque la institucionalidad del gobierno de Estados Unidos y obliga a mirar la realidad centroamericana para identificar los resortes de la pobreza y la violencia, y sus dinámicas destructivas.

Los aviones que comenzaron a deportar a niños con sus familias no son vuelos comerciales ni llegan al país con pasajeros turistas, ejecutivos o de visitantes normales. De cada avión salen numerosos y diminutos cuerpos de niños que sin perder su sonrisa, todavía con un rasgo de inocencia por no tener magnitud de la tragedia, son recibidos de inmediato por manos caritativas y por rostros compungidos, son trepados a autobuses que con mucha diligencia el gobierno proporciona, y con un dinero que no pasa de cien dólares, son enviados junto con sus acompañantes, si es que los tienen, a sus lugares de origen. Los niños salen de alguno de los refugios de Estados Unidos y son deportados a Guatemala, El Salvador y Honduras. Los niños deportados a Honduras son la mayoría, porque son mayoría los que salieron de Honduras con apoyo de algún coyote, en compañía de algún familiar, porque en Honduras se agotaron las posibilidades de alternativas para la gente de bien, que es la inmensa mayoría de los hondureños.

Sin embargo, la atención de los medios de comunicación y de personajes del gobierno se concentran en dar publicidad a la atención “humanitaria” a las familias que han regresado unas semanas atrás, pero la inmensa mayoría de niños y familias deportadas no ocurre por vía aérea. De acuerdo a los informes de la Pastoral de Movilidad Humana que lideran las hermanas escalabrinianas, mientras por vía aérea, y procedentes de Estados Unidos, han regresado deportados un número no mayor de quinientos niños; por la frontera de Corinto, entre Honduras y Guatemala, han ingresado más de cinco mil familias deportadas desde México, sin haber cumplido ningún trámite y en el más absoluto silencio.

Mientras la Primera Dama hondureña, Ana García de Hernández, y los funcionarios públicos que la cortejan, se enternecen con los niños que viajan solos o regresan deportados, y algunos pastores religiosos levantan el índice para culpar a los padres y madres irresponsables y a la desintegración familiar, muy pocos escudriñan en la reciente historia hondureña para descubrir diversos factores institucionales y sistémicos que hacen más complejo el fenómeno de la migración. La migración ha copado las agendas de todos los organismos públicos y de la sociedad civil. Hay ONG que nunca antes contemplaron el fenómeno de la migración. Sin embargo, con la publicidad de la “crisis humanitaria”, todas ellas, con cámara en mano, persiguen con furor a las familias que han sido deportadas, al tiempo que se desvelan por presentar proyectos de asistencia a los migrantes a los cooperantes internacionales.

Los niños migrantes no acompañados representan la cresta de un modelo que fracasó, y que no puede ser tratado con ligereza o reducir su tratamiento a la deportación, como lo hace el gobierno de Estados Unidos; ni a una calificación moralista, como lo abordan algunas iglesias, o como un asunto para la condolencia caritativa y pordiosera que ayuden a elevar el perfil sentimental de funcionarios públicos con pretensiones políticas. Tampoco es un asunto para resolverlo con un proyecto de marco lógico.

EL ASUNTO VIENE DE LEJOS

Los neoliberales nos vienen diciendo, desde hace tres décadas, que no es función del Estado meterse en asuntos de economía, que había que apretarse el cinturón por unos años, que había que confiar y apoyar a los inversionistas privados nacionales y transnacionales porque al final la copa se acabaría derramando para beneficio de toda la sociedad, especialmente de los pobres. *“Para todos alcanza cuando no nos arrebatamos”*, dijo alguna vez uno de los apologistas del neoliberalismo.

En efecto, la copa ha rebalsado, incluso mucho más de la cuenta, y no solo por el borde, sino que hace aguas por todas partes. Pero no propiamente de beneficios para los pobres, sino de calamidades. Pocos pudieron imaginar que esas promesas neoliberales se cumplirían exactamente a la inversa. El drama de los niños migrantes no acompañados es la expresión extrema de este derrame. Aunque hoy los políticos hondureños y el gobierno de Estados Unidos se rasguen las vestiduras, la masiva migración de los niños y su consiguiente detención y deportación está en íntima correspondencia con el derrame económico prometido por los neoliberales.

La migración masiva de los niños hondureños hacia Estados Unidos no puede ser tratada aisladamente, ni con respuestas solo coyunturales, ni menos a partir de sentimientos de lástima o moralistas. Es un fenómeno social y político sostenido en bases económicas, sociales, históricas y políticas que conviene rastrear para no quedarse con respuestas impulsadas por la impresión de una primera plana de los medios de comunicación, que se dejará una vez que esa primera plana sea sustituida por otra noticia relevante o dramática.

CINCO FACTORES

La migración de niños no acompañados no es un hecho solo coyuntural, ni es una crisis humanitaria que se resuelve con respuestas humanitarias seguidas de la buena voluntad, o una voluntad seguida de una caridad interesada. Es un fenómeno social y político que se disparó a partir de al menos cinco factores:

1. el impulso del proyecto neoliberal con los llamados ajustes estructurales de la economía, en los comienzos de la década de los noventa del siglo pasado, con el gobierno de Rafael Leonardo Callejas;
2. el huracán y tormenta tropical Mitch que impactó frontalmente en el territorio hondureño a finales de 1998 y dejó devastada la infraestructura, la producción, la economía y la situación social de la mayoría de la sociedad hondureña;

3. los Tratados de Libre Comercio que se aprobaron en los comienzos del presente siglo, y que colocó a la enclenque economía hondureña en una situación de absoluta dependencia y precariedad frente a las economías de las multinacionales y de los países más poderosos, especialmente Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea;
4. el golpe de Estado de junio de 2009, que culminó con un proceso de conflictividad entre dos maneras de entender la administración del Estado y abrió los dinamismos de mayor inestabilidad y deterioro de la sociedad hondureña;
5. la corrupción y la impunidad de los políticos y funcionarios públicos que han usado los bienes del Estado como un botín hasta desangrarlo, y dejar en la mayor indefensión a los sectores sociales y económicos más vulnerables a los que los neoliberales prometieron beneficiarse de la copa derramada.

1. Los neoliberales “ajustan” el país a la medida de su economía

El primer acontecimiento fue hace un cuarto de siglo, cuando el gobierno de Callejas, tan pronto comenzó su mandato, decidió “ajustar” la economía, el Estado y la vida de toda la sociedad a los requerimientos del modelo neoliberal. Fue el tiempo de las entusiastas expresiones que salían de la boca de los altísimos empresarios: “sudemos la camiseta por Honduras”; “sacrifiquémonos hoy para disfrutar mañana”; “Todos a apretarnos la faja por una Honduras mejor”. Era el tiempo de los sacrificios. Y no era para menos, porque el entonces presidente Callejas se rodeó de los economistas más apologistas del modelo neoliberal, presididos por alumnos directos de Milton Friedman, el *number one* de la escuela de los *Chicago boys*.

Se devaluó la moneda, se sustituyó la ley de reforma agraria por una Ley de Modernización del Sector Agrícola que contemplaba que las tierras hasta entonces destinadas a los grupos beneficiarios de la reforma agraria podían ser vendidas a

empresarios privados, es decir a Don Miguel Facussé Barjúm y unos cuantos terratenientes más.

Con el respaldo de la nueva ley agrícola, los neoliberales promovieron la llamada *coinvertión*, bajo el lema “la tierra es de quien la produce”, sustituyendo el lema de la reforma agraria “la tierra es de quien la trabaja”. En los hechos, la *coinvertión* fue la figura que se usó para que los campesinos medios y pequeños pusieran a disposición de altos empresarios privados sus parcelas. El gancho era que los campesinos ponían la tierra, los empresarios la tecnología y el dinero, la tierra se producía y tanto el campesino como el empresario salían ganando. Lo que ocurrió es que el campesino puso la tierra, se endeudó con el empresario, y finalmente, al quedar hasta el cuello de deudas con los intereses, el campesino pagaba su deuda entregando la tierra al gran empresario. Y todo legalmente, porque así lo establece la competencia del mercado basada en la oferta y la demanda.

Los neoliberales vendieron muy bien su discurso: el Estado ha de saber regular las relaciones entre patronos y obreros desde la perspectiva de los inversionistas, al tiempo que su función primordial es crear una institucionalidad propicia para el éxito de la inversión privada nacional y multinacional; la economía debe dejar de ser regulada por el Estado, porque siempre que el Estado mete las narices en la economía lo estropea todo, y acaba endeudando al país. Hay que dejar que la economía sea regulada por quien tiene esa función, el mercado, que con la ley de la oferta y la demanda logra establecer el equilibrio necesario entre el capital, el trabajo y la dimensión social. Se disminuyó el gasto en salud y en educación, incluso el presupuesto militar, pero a los oficiales se les abrió las puertas para que incursionaran con éxito en los negocios privados, particularmente las agencias de seguridad. Se abrió con fervor la puerta a los inversionistas de la industria de la maquila, una expresión viva de la globalización de la economía neoliberal; se comenzó el proceso de sustitución de los grandes cultivos de banano para incursionar en la agroindustria de la palma africana, así como se aumentó el cultivo de caña de azúcar y otros productos agroindustriales.

Hace veintidós años, un grupo de dirigentes de varias de las cooperativas de palma africana del fértil Valle del Aguán, beneficiarios de la reforma agraria que se había impulsado en los años setenta del siglo pasado, entró en arreglos con el exitoso empresario Miguel Facussé, quien ingeniosamente se había apropiado de fondos del Estado destinados al incentivo de la industria. De estos arreglos con dineros bajo la mesa para dichos dirigentes, Miguel Facussé se quedó con una inmensa porción de las tierras y los cultivos de palma africana del Aguán. Este empresario, de ascendencia árabe, no solo se apropió de fondos de la empresa estatal Corporación Nacional de Inversiones (CONADI), a la que hizo caer en bancarrota a comienzos de los años ochenta del siglo pasado, sino que logró que en los inicios de la fulgurante era neoliberal de comienzos de la última década del siglo se le condonaran deudas que había adquirido con el Estado, para recibir nuevos empréstitos e impulsar lo que el mismo empresario denominó “Plan para la Transformación de Honduras”.

Los dirigentes cooperativistas del Aguán se embolsaron unos poquitos millones de lempiras, los cuales fueron muy pronto despilfarrados en parrandas sin tiempo ni control, y Don Miguel Facussé se convirtió en el mayor productor de palma africana del país y en el principal abastecedor del mercado internacional, mientras que miles de familias cooperativistas debieron conformarse con unos cuantos miles de devaluados lempiras y refugiarse casi de inmediato en la economía informal, emigrar hacia las laderas del valle y muchos de los jóvenes, especialmente muchachas, trasladarse al Valle de Sula en donde comenzaba a florecer la industria maquiladora bajo el control mayoritario de los implacables patrones coreanos. Comenzaban las expresiones históricas del auténtico “derrame” neoliberal, mientras la tierra destinada a la reforma agraria en los valles más fértiles pasaba a manos de unos cuantos agroindustriales. El vínculo entre los niños migrantes no acompañados de este proceso neoliberal es tan íntimo que algunos de los padres o madres de ellos vivieron en carne propia las consecuencias de la pérdida de las tierras.

Elisa es una madre que con su hijo menor, de dos años de edad, decidió emprender el camino hacia el Norte. Vendió su casa y un terreno de siete manzanas, pagó un coyote y hace dos años logró llegar a Los Ángeles, California, después de un mes de transitar por todos los vericuetos de la ruta migratoria. Dejó a sus dos hijos mayores, un varón de doce años y una niña de diez. Tras enterarse por terceras y cuartas personas que había la oportunidad de que los niños cruzaran la frontera sin ser deportados, se endeudó para que un coyote los transportara desde la aldea en una de las laderas del Valle del Aguán hasta la frontera de Estados Unidos, en donde ella los estaría esperando. Elisa y sus tres hijos es una de las familias deportadas que la Primera Dama ha recibido en el aeropuerto de San Pedro Sula.

Sin dinero, sin su casa, sin su propiedad, sin esposo porque la dejó por otra jovencita cuando ella estaba embarazada de su niña menor, Elisa recibió el equivalente a cincuenta dólares, una pequeña provisión y unas palmaditas por parte de los funcionarios de Casa Presidencial. Elisa no tiene adónde ir. De sus seis hermanos, dos hermanas viven en la ciudad de Choloma, en el Valle de Sula, una de ellas todavía trabaja en la maquila y otra hace diez años la despidieron y actualmente vende tortillas en una de las esquinas del parque de ese centro urbano. Dos hermanos suyos tomaron también el camino del Norte, y son los que envían pequeñas remesas en ayuda a su madre prematuramente anciana. Su padre, don Modesto, murió de una tos mal cuidada, aunque la misma Elisa dice que murió de tristeza. Uno de los hermanos fue quien recibió a Elisa cuando llegó a Los Ángeles. El otro hermano, el menor, murió víctima de la delincuencia mientras trabajaba como ayudante de un bus entre Tocoa y La Ceiba.

Elisa y sus hermanos eran niños cuando en los inicios de la década de los noventa su padre todavía era socio de la exitosa cooperativa de palma africana San Isidro Labrador, con sede en uno de los barrios de Tocoa en el Valle del Aguán, en el litoral atlántico hondureño. La cooperativa estaba integrada por 79 familias, con un vasto terreno de 784 hectáreas. Después de un proceso de “negociaciones”, el presidente y el tesorero convencieron a la mayoría de socios a vender la tierra con los cultivos de palma africana por una cantidad que, fuera de los dos directivos,

nadie nunca más supo, solamente que al final del apurado proceso la negociación se cerró cuando se entregó a cada socio de la cooperativa la cantidad de 81 mil lempiras, que en su momento equivalía aproximadamente a diez mil dólares.

Don Modesto se opuso frontalmente a la venta del patrimonio de la cooperativa San Isidro, y logró que en su lucha en contra de los directivos se unieran 38 socios más, lo que supuso advertencias primero de parte de otros socios, luego vinieron las amenazas a muerte hasta que las presiones lograron doblegar a Don Modesto ante el peligro de que no solo él, sino alguno de sus pequeños hijos fuese secuestrado o asesinado por su posición en contra de la venta de los bienes y patrimonio de la cooperativa.

Con el dinero que recibió de la enrarecida venta de la cooperativa, don Modesto compró una pequeña propiedad en una de las laderas de la margen derecha del Valle del Aguán, construyó una pequeña vivienda y se dedicó al cultivo de granos básicos. Los dos directivos que negociaron la venta de la cooperativa fueron asesinados unos dos meses después de la venta, sin que nadie fuese investigado por los crímenes, aunque siempre fue silencio a voces de que habían sido ultimados por matones a sueldo de Facussé para guardar el secreto del precio de la venta final de la cooperativa. En el momento de la venta, la cooperativa San Isidro vendía mensualmente unos 109 mil dólares del producto de la palma, mientras que actualmente Don Miguel Facussé estaría vendiendo cerca de 380 mil dólares mensuales del producto de la palma africana solo de los cultivos que pertenecieron a dicha cooperativa.

La venta de las tierras y cultivos de palma africana, la coinversión y la conversión del campo en una propuesta primordialmente para la agroindustria, impulsados a comienzos de la década de los noventa están, por tanto, en relación directa con el deterioro de la situación económica y social de los sectores campesinos y con el fenómeno de la migración. Cuando la familia de Elisa deja de formar parte de la cooperativa San Isidro pierde en los hechos el único patrimonio que poseía y con ello la capacidad para mejorar su calidad de vida.

Ante la ausencia de incentivos para la producción orientada a la alimentación, la población campesina, especialmente los jóvenes se ven obligados a buscar alternativas. El neoliberalismo ofrece empleo en las maquilas. Pero no es un empleo ni generalizado ni permanente, porque a fin de cuentas se trata de una industria “golondrina”, que hoy está aquí, pero mañana se muda a otros países. Así se constituyeron los principales dispositivos para impulsar el fenómeno de la migración como una bola de nieve, a partir de mediados de la década de los noventa del siglo pasado. Una consecuencia indiscutible, “un derrame”, del neoliberalismo.

2. El Mitch “un aguacero en venganza”

A los dispositivos estructurales que dispararon el fenómeno migratorio se sumaron el creciente desempleo juvenil y el surgimiento de las maras y pandillas estrechamente vinculadas a la violencia en Centroamérica y a la migración de los centroamericanos, particularmente salvadoreños, que huyeron de la guerra de los ochentas, hacia la costa oeste de Estados Unidos, especialmente a Los Ángeles. Y entonces se vino sobre el territorio hondureño el huracán Mitch con toda su furia, a finales de octubre de 1998.

Las plantaciones de banano que habían quedado se hundieron y fueron la excusa para que el capital multinacional enterrara la *república bananera* para convertirla ya en el siglo veintiuno en *república palmera*, pasando de un monocultivo a otro por decreto del mercado y la demanda internacional. La precaria infraestructura se hundió, la capital de la República fue arrasada; las fábricas despidieron a sus obreros y obreras; así como llovió agua como nunca en tan pocos días, así llovió el dinero y las ayudas de la solidaridad internacional. Y se perdió la ocasión para repensar y rehacer una propuesta de país desde la economía, la arquitectura, la industria, la política del Estado, la organización social y todos los órdenes de la sociedad. Nunca como en el tiempo del post Mitch se pudo refundar la capital de Honduras, situada en la topografía equivocada y con todas las condiciones

geográficas, hídricas, poblacionales, económicas y urbanísticas opuestas a lo que demanda una ciudad capital. Pero se dejó que la oportunidad se esfumara.

Un desastre y muchos recursos de la solidaridad internacional disponibles para reconstrucciones, fue la ocasión del siglo para rehacer todo el país desde la lógica nacional. Sin embargo, los neoliberales que sostenían con firmeza las riendas del Estado desaprovecharon la oportunidad y no destinaron a la inversión nacional los cuantiosos recursos recibidos de la cooperación externa, limitándose al asistencialismo tradicional y la atención de necesidades secundarias. Los auténticos problemas que se desataron con el Mitch, recayeron con todo su peso en los sectores que ya venían cargando con las consecuencias de los ajustes neoliberales.

Mientras los neoliberales con sus políticos de oficio hacían fiesta con las ayudas y la solidaridad internacional, trasladándolas a sus cuentas y proyectos particulares, las consecuencias de las medidas de ajuste neoliberales se dispararon sin control. El desempleo obligó a que muchos hondureños miraran a Estados Unidos como la respuesta a sus necesidades económicas; aumentó el desplazamiento de la población campesina hacia los centros urbanos que se vieron de pronto repletos de colonias y barrios perdidos; aumentó la delincuencia juvenil callejera, el empleo informal, la prostitución juvenil y el crimen organizado, particularmente las bandas de narcotraficantes, encontraron en la juventud el terreno más fértil para sus negocios subterráneos.

A partir de entonces, la migración se convirtió en un fenómeno social de incalculables consecuencias para la sociedad hondureña. Siendo hija del neoliberalismo, la migración se nutrió, tras el Mitch, de todas esas otras secuelas, convirtiéndose así en un amasijo en el que convergieron la creciente desigualdad social, la concentración de las riquezas en muy pocas manos y la presencia masiva de armas en manos de civiles jóvenes al servicio de bandas criminales organizadas, para culminar así en lo que Honduras es hoy: uno de los países más violentos del planeta.

3. Los tratados de libre comercio: fronteras libres a los productos, fronteras cerradas a las personas

La propuesta no nació de abajo, ni de las necesidades hondureñas. Vino del Norte, de las presiones de las multinacionales y de los gobiernos de Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea. Tratados de Libre Comercio firmados entre gigantes con enanos, tratados de los fuertes con los débiles, para consolidar a la fuerza la fragilidad de los débiles. Curiosamente, “libre” es la palabra clave y con un significado estratégico, porque se trata de asegurar el comercio de los productos y del mercado de los países ricos y sus multinacionales, dentro de un país empobrecido como Honduras. La relación asimétrica no puede ser peor.

La publicidad de ocasión de los neoliberales no pudo ser más cínica: el garífuna vendedor de casabe, esta especie de tortilla de harina de yuca, tiene las puertas abiertas para comerciar su producto dentro de Estados Unidos. Lo mismo la señora vendedora de baleadas, la típica comida de tortilla de harina de trigo con frijoles y queso, ya no solo tiene oportunidades de vender su producto en las calles de las ciudades de la Costa Norte hondureña, sino que puede instalar su venta de comida en cualquier ciudad de Estados Unidos. La propaganda no pudo ser más cruel, porque lo que buscaban los tratados internacionales de libre comercio es que las grandes multinacionales tuvieran todas las condiciones en la legislación nacional para que sus productos no tuvieran la más mínima tranca para ingresar.

La clave de todo estaba en convertir a un país como Honduras en un territorio de libre circulación de las mercancías de los países ricos, como Estados Unidos y Canadá, sin tener que pagar impuestos, aranceles y costos aduanales, bajo el argumento de que este libre comercio abría a nuestro país las puertas para el verdadero progreso. Así ingresaron las franquicias de las “comidas rápidas” que desde que se aprobó el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Centroamérica y la República Dominicana, en 2004, no pagan ningún impuesto para operar en el territorio nacional. De igual manera, el Tratado de Libre Comercio permitió que desde Estados Unidos se exportaran granos básicos como maíz y frijoles, a un precio mucho más bajo que como lo podía vender un pequeño

productor hondureño; porque la producción agrícola de Estados Unidos está fuertemente subsidiada, mientras que el pequeño productor nacional de maíz, de frijol o de arroz no tiene ninguna otra fuente de incentivo que sus propios recursos para el cultivo agrícola.

Esta competencia desleal se abrió con fuerza a partir de los Tratados de Libre Comercio. El capital de las multinacionales se metió en todos los ámbitos de la vida económica del país, tanto en la producción del campo como en la ciudad. El garífuna no pudo vender su casabe en Nueva York, pero las multinacionales sí instalaron sus comidas rápidas, desplazando a los garífunas de la oportunidad de comerciar su producto en las ciudades hondureñas. La señora de las baleadas no pudo vender su producto en Los Ángeles, pero sí se le obliga a pagar impuestos por su venta callejera en San Pedro Sula, mientras las comidas rápidas venden sus productos sin pagar ningún impuesto.

Una consecuencia dramática de los Tratados de Libre Comercio fue la eliminación de la mediana, pequeña y microempresa, justamente el sector con mayor capacidad de empleo en la sociedad hondureña. Al condenar a decenas de miles de personas al desempleo, consecuentemente se les forzó a engrosar las filas del fenómeno migratorio cuyo dispositivo se instaló desde inicios de los años noventa. Sin embargo, la aprobación de los Tratados de Libre Comercio representó la paradoja o la hipocresía de los neoliberales. Mientras más se abrieron las fronteras a los productos de los países ricos y de sus multinacionales, más se fueron cerrando las puertas para las personas.

Cuanto más facilidades tienen las multinacionales para invertir en Honduras y para explotar los recursos naturales, menos ventajas e iniciativas para competir tienen las medianas y pequeñas empresas nacionales, y más discriminación se manifiesta para quienes se deciden a emigrar hacia Estados Unidos. Cuanto más facilidades ofrece la élite empresarial y política hondureña al capital multinacional y a los gobiernos ricos del mundo, peor trata a sus connacionales y más expuestos quedan éstos a la estigmatización. Las leyes migratorias de Estados Unidos se endurecieron desde la aprobación de los Tratados, sin embargo, la migración no se detiene con

la dureza de las leyes o con el aumento de las medidas de seguridad en la frontera entre México y Estados Unidos. Pero sí ocurre que la migración se vuelve más peligrosa y representa más tragedia para los migrantes.

4. El golpe de Estado de 2009

Todas las cifras y referencias dan cuenta que a partir del golpe de Estado del 28 de junio de 2009 las fronteras hondureñas se vieron colmadas de más migrantes buscando salir del país, como solo había ocurrido a finales de 1998 y durante los meses y los años inmediatamente después del huracán Mitch. Los neoliberales vieron que sus planes, intereses y privilegios, estaban fuertemente amenazados con las tibias propuestas populistas de la administración que presidía Manuel Zelaya Rosales desde finales de enero de 2006.

Los privilegios alcanzados por la oligarquía neoliberal son tan enormes que superó las reglas competitivas del capitalismo tradicional. Nada ni nadie podía entrar al juego de la competencia fuera de sus propias empresas. La construcción de un sólido oligopolio no podía ser puesto en cuestión. Zelaya lo hizo. Y fue una afrenta imperdonable. Lo que todos saben, en lugar de consolidar la alianza con las multinacionales abrió las puertas hacia el Sur, con la ALBA, particularmente con Hugo Chávez; en lugar de hacerse “neoliberal”, Zelaya se deslizó hacia el populismo y a una especie sui generis de socialdemocracia en un país con férreo control de la extrema derecha política, ideológica y económica. Zelaya fue tomando decisiones y confrontándose con la oligarquía neoliberal, sin tener todas las condiciones a su favor; al contrario, casi todas las condiciones internas le eran desfavorables. Y a nivel externo, solo contaba con el respaldo de la alianza con la ALBA. El golpe de Estado resultó inevitable.

Con esa decisión, los neoliberales retomaron con pasión y feroz defensa las riendas del Estado y el control de la economía. Pero no pudieron controlar la inestabilidad, que se destapó con más crudeza que en el tiempo del Mitch, diez años atrás. Las instituciones del Estado colapsaron, los tejidos sociales, políticos y económicos

quedaron en harapos, la ley de los fuertes se impuso, los derechos humanos se vieron completamente vulnerados y la polarización rompió con todas las condiciones para la confianza en propuestas y en soluciones. El país se embarcó en un deterioro sin fin.

Los neoliberales aprobaron todas las leyes que quisieron, incluso para defenderse de la oposición. La migración se convirtió en la válvula de escape para los sectores empobrecidos, quizás en el único camino posible para no caer hundidos en la desesperación, la miseria y la depresión. Un joven migrante lo dijo a un voluntario de la Red Jesuita para Migrantes en la casa de acogida en Tierra Blanca, Veracruz, México, *“me vine de Honduras y no quiero saber nada, no quiero regresar nunca, prefiero morirme en el trayecto, que volver a que me maten como perro”*.

5. La corrupción e impunidad de los políticos

La Primera Dama de la República y su cohorte de Casa Presidencial siguen compungidas ante la situación de los niños retenidos en albergues en la frontera de Estados Unidos y por los que ya están siendo deportados como decisión política del gobierno de Barack Obama, una decisión debidamente aceptada por el presidente Juan Orlando Hernández. En la reunión que los presidentes centroamericanos del triángulo norte tuvieron a finales de julio con el presidente estadounidense, se expresaron condolencias por lo que les ocurre a los niños, lamentaron que se haya llegado a este extremo al tiempo que el propio presidente Obama reconoció que solo atacando las raíces de la desigualdad y la violencia se podía contrarrestar la migración.

En los hechos, la reunión tuvo el exclusivo objetivo político, por parte del gobierno de Estados Unidos, de dejar muy bien advertidos a los tres presidentes centroamericanos de que la deportación de niños no solo seguirá sino que nadie la detendrá. Dos meses atrás el presidente hondureño había despotricado en contra

de la política del gobierno de Estados Unidos por meterse, sin permiso, en asuntos internos, esto a propósito de las presiones de Estados Unidos para facilitar y acelerar las extradiciones de famosos narcotraficantes hondureños. Sin embargo, Juan Orlando Hernández no solo aceptó la decisión del gobierno de Estados Unidos en relación con la exportación de niños, sino que se convirtió en el principal colaborador hondureño para garantizar que dicha política se cumpla a rajatabla.

Juan Orlando Hernández es el mismo que llegó a la Presidencia de la República gracias a la compra masiva y comprobada de votos. De acuerdo a una investigación realizada en diciembre de 2013 y publicada en julio de 2014 por el Centro de Documentación de Honduras, CEDOH, que dirige el analista y político Víctor meza, el 10,2 por ciento de los encuestados dijo haber vendido su voto, mientras que el 49% de todos los encuestados dijo haber visto o haber sido testigos de la compra de votos en sus comunidades o centros de votación. Es interesante que, en el conjunto de esta investigación, el 18 por ciento de los que votaron a favor de Juan Orlando Hernández dijeron haber vendido su voto. Existen datos comprobados del uso del programa asistencialista llamado “bono diez mil” para comprar votos, de igual manera la compra de los representantes de delegados de partidos en las mesas electorales.

¿Por qué ese afán de Juan Orlando Hernández por ser presidente de una Honduras en harapos? Justamente por eso, porque en una sociedad y en un Estado donde las reglas del juego han acabado en manos de la ley de los fuertes, un presidente tiene muchas más posibilidades para actuar con más discrecionalidad y arbitrariedad, sobre la base de tener todas las condiciones para imponer su ley y para estar mano a mano con quienes tienen un poder similar en los diversos campos de la sociedad. Es decir, un presidente en la Honduras de hoy tiene muchas más posibilidades que otros presidentes de otros países para actuar con un nivel tan alto de impunidad que sus actos, por muy delincuenciales que sean, pueden realizarse sin dejar siquiera una sola huella. De acuerdo a los entendidos en la política hondureña, la actual administración pública está conducida por los sectores ya no solo de la extrema derecha política e ideológica, sino los sectores con más

compromisos históricos con la corrupción y la delincuencia. Son políticos en cuyo seno se encuentran personajes con los más altos niveles de sospecha de llevar muchos años enredados en diversas redes de criminalidad.

Sin embargo, esta élite conductora del gobierno cuenta entre sus miembros con políticos que vienen teniendo responsabilidades en la administración del Estado desde hace treinta años y se desempeñaron como funcionarios públicos en la administración de comienzos de los noventa cuando se implementaron las medidas de ajuste dictadas por el neoliberalismo. Basta recordar que en la administración pública inmediatamente anterior, el actual Presidente de la República era el presidente del Congreso Nacional, en cuya legislatura se aprobaron la ley de minería, el decreto de la Zonas de Empleo y Desarrollo Económico (ZEDES) o Ciudades Modelo y se hicieron centenares de concesiones de ríos, cuencas y otros bienes y territorios.

Varios de los actuales funcionarios públicos estuvieron al frente de algunas entidades públicas y privadas que administraron fondos destinados a la reconstrucción después de la tragedia del Mitch, así como muchos de ellos fueron diputados que aprobaron, en 2004, y después ratificaron el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana. El actual jefe de bancada del partido Nacional, Óscar Álvarez, fue ministro de Seguridad en el ciclo administrativo que va de enero de 2003 a enero de 2006 cuando se impulsó una política de “limpieza social” contra la juventud de barrios y colonias marginales, en el marco de la entonces llamada política de “cero tolerancia” contra la delincuencia, la cual dejó entre muchas otras matanzas callejeras, varias masacres en las cárceles hondureñas, siendo las dos más escandalosas el asesinato y quema de 69 privados de libertad en la granja penal de El Porvenir en La Ceiba, en abril de 2003; y, el incendio del Centro Penal de San Pedro Sula en mayo de 2004, en donde fueron asesinados y calcinados 107 privados de libertad.

En ambas masacres las víctimas fueron abrumadoramente jóvenes pertenecientes a maras o pandillas. Estas matanzas coincidieron en el tiempo con la aprobación e inicio de la implementación del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos,

cuando se comenzaron a sentir con mayor fuerza los efectos de la tragedia dejada por el Mitch pocos años atrás, especialmente con el desempleo y un aumento impresionante de la migración de jóvenes hacia Estados Unidos, pero que también incluyó el descubrimiento de España y Europa como nuevos destinos para los migrantes. Los centros especializados en el tema, coinciden que fue en estos años de represión, criminalización y estigmatización de la juventud marginalizada y desempleada que se llegó a la cifra de quinientos migrantes que cruzaban la frontera hondureña diariamente para iniciar el difícil camino migratorio hacia Estados Unidos por el territorio mexicano. Fueron los años en los que las remesas ya no fueron solo en dinero, sino también en manifestaciones culturales, particularmente las vinculadas con la violencia, el consumismo y el individualismo; y las remesas con sabor a dolor, con el retorno de migrantes convertidos en mutilados o cadáveres.

LÁSTIMA Y DESPRECIO: DOS CARAS DE LA MISMA MONEDA DISCRIMINATORIA

El fenómeno de los “niños migrantes” no es un dato de hace unos cuantos días; lo de estos días raya con el boom publicitario. Los niños migrantes vienen de lejos. De acuerdo a datos de personas que trabajan en casas de migrantes por donde pasa el tren conocido como la “bestia”, al menos un veinte por ciento de las personas que se encaraman en sus vagones, y que son asistidos por los albergues migratorios del camino, son niños entre quince y diecisiete años. Y muy poca prensa se ha encargado de su divulgación y cuestionamiento. Así como nadie ha levantado el índice para señalar a la élite empresarial y política como responsable directa de la expulsión de miles de familias hacia otros países, entre los que se cuentan a los niños.

La migración es un fenómeno que, finalmente, expresa no solo la ausencia de oportunidades para una vida digna en los campos económicos y sociales, sino que es también la expresión discriminatoria y excluyente que reside en la percepción

que la élite empresarial y política hondureña tiene de los pobres de su propio país. A fin de cuentas, la migración forzada es también un modo de xenofobia, racismo y estigmatización sustentados por la oligarquía hondureña y que le son aplicados a la inmensa mayoría de la población hondureña.

La creciente marea de niños migrantes, que van buscando a sus propios familiares emigrados poco antes, es la expresión extrema de esta concepción. Los migrantes que huyen por razones económicas o de violencia, siempre cargarán con una dosis de desprecio por parte de los sectores pudientes hondureños. Las prácticas limosneras de la Primera Dama, al recibir a los niños deportados, confirma a rajatabla esta concepción. Cuando no son asistidos con lástima, como en este caso a los niños deportados, son recibidos con cárcel, abandono y soledad, como ocurre con los migrantes jóvenes y adultos deportados.

Honduras, septiembre de 2014.